



Care Santos

Todo el bien y todo
el mal



DESTINO

Todo el bien y todo el mal

Care
Santos

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1446

© Care Santos, 2018

© Editorial Planeta, S. A. (2018)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2018

ISBN: 978-84-233-5443-6

Depósito legal: B. 21.304-2018

Impreso por Cayfosa

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Los hombres no entienden que la pasión erótica pueda conjugarse con las cuestiones domésticas. Por ejemplo, que mientras él se esfuerza por darte placer tú tal vez estás pensando en sacar el pollo del congelador. O en cualquier otra estupidez práctica y, por tanto, decepcionante.

Como ahora mismo. El hotel es de cinco estrellas. La cama, tamaño *king-size*, con cabecero *art decó*. El tiempo, helado. Bucarest, la ciudad que está al otro lado de los ventanales, se encuentra justo en medio de una ola de frío siberiano que recorre Europa y que, según dicen, ha de durar aún tres o cuatro días. Sería impensable haber llegado hasta aquí con este tiempo si el viaje no fuera de trabajo, pero se alegra de haber tenido que hacerlo. Tiene la cabeza en otra parte, es verdad, pero se encuentra muy a gusto ahora y aquí, a resguardo de todo y con un hombre entre las piernas.

Cuando anoche el taxista se deslizó por las calles nevadas hasta el Zexe Zahana, el restaurante donde la esperaban para cenar, se alegró de la experiencia. No es que estas pilas de nieve sean tan normales en Bucarest, pero le quedó bien claro que los habitantes de la ciudad están mucho más acostumbrados que ella a su presencia. Al llegar al restaurante saludó al señor Anand Mirchandani, el presidente ejecutivo de Newzer, la

gran multinacional farmacéutica que la ha contratado. Ella le presentó a Tom como «un amigo» y los dos hombres se saludaron con un apretón de manos breve y una sonrisa algo forzada. Acaso la presencia de Tom despertó algún recelo entre los asistentes, pero le daba lo mismo: aquella solo era una cena de trabajo, agradable y aislada, con un puñado de directivos americanos y asiáticos —a algunos de los cuales ella misma ayudó a contratar— y la jefa de recursos humanos de Newzer-Asia. Todas ellas personas a quienes tal vez no vuelva a ver en toda su vida. Lo cual aleja la posibilidad de que su marido descubra nada. El señor Mirchandani y Samuel son como líneas paralelas: por mucho que avancen nunca llegarán a tocarse. Pasear por Bucarest con su amante era anoche un capricho sin ningún riesgo ni relevancia.

De pronto, Tom emite un sonido similar al que haría alguien que sorbe la sopa. Reina pierde el hilo de sus pensamientos y repara en las circunstancias, las analiza: está en una cama del hotel más opulento de una ciudad helada y lejana mientras un amante de quien solo atisba los rizos de una coronilla que ya clarea se esfuerza por contentarla. Tiene cuarenta y ocho años. Un hijo que dentro de unos meses será mayor de edad. Nunca ha sido una mujer guapa. Lista, sí. No sabría decir si inteligente. Interesante, quizá. Y afortunada. Sobre todo, eso. Una mujer con suerte, que se gana muy bien la vida y que ha conocido hombres muy por encima de sus posibilidades. Sus compañeras de primaria no se lo creerían, si lo supieran.

¿Cuántos amantes ha tenido? Pasa lista. ¿Once? ¿Trece? El primero, aquel torpe de quince años, Sebastián. Ninguno de los dos sabía hacer nada, de modo que el sexo entre ellos siempre lindaba con el desastre. Él le sugería que le chupara como se chupan los helados de

fresa y ella se aplicaba a ello con mucho interés, hasta que se dio cuenta de que el empeño era solo suyo, mientras él se limitaba a tumbarse y esperar su regalo, sin corresponder jamás. Siempre le dolía algo. Se pregunta cómo debe de ser ahora, con casi cincuenta años, si a los quince ya estaba hecho un asco. Le descarta por insustancial y pasa al siguiente, aunque en el camino se salta dos: un fugaz noviete obsesionado con las tetas (rompió con él por teléfono) y un pobre chaval con pocas luces que solía estar superado por las circunstancias (especialmente por la circunstancia de tenerla a ella a su lado). Hubo también una incursión multicultural, casi étnica. Un centroamericano muy alto y delgado, de pelo endrino y estropajoso y nombre doble —como de protagonista de culebrón—, que se escandalizaba por todo. Su ropa interior de color burdeos y su interés por colocarse sobre él a horcajadas durante el acto sexual le parecían de furcia. Por eso mismo le volvía loco. Nunca ha conocido un solo hombre a quien no le gusten las furcias, literales o metafóricas. Por contraste, a sus recuerdos llega Félix, su primer marido. Estudiaban, eran jóvenes, componían un ajuar con la intención de casarse. Ella compraba cuchillos de sierra en unos grandes almacenes mientras pensaba cuántas cosas cortaría con ellos, en qué sobremesas estarían presentes, de cuánta felicidad serían testigos. Estaba enamorada de Félix con cada célula de su cuerpo. La espera para convertirse en su mujer se le hizo eterna. En cambio, de las noches de cama que compartían cada sábado en casa de la abuela de él mientras aún eran novios, solo recuerda la pizza. Aprovechaban que la anciana pasaba con su hija los fines de semana para asaltar su casa. En realidad, solo les importaba el dormitorio. Después del sexo, encargaban una pizza. Les descubrieron porque

la abuela comenzó de pronto a recibir ofertas de las que las pizzerías a domicilio envían a sus mejores clientes. Fueron el pitorreo de la familia. Solo una temporada. Luego se casaron. Ella, de blanco, con velo y guantes. Cuando se acuerda es como pensar en otra persona. Él se pasó todo el viaje de luna de miel —República Dominicana— metido en la cama del hotelazo, con vómitos, fiebre y diarrea. Con el tiempo Reina se da cuenta de que fue un aviso, un presagio perverso. Cuidado con los asuntos que comienzan descompuestos, parecía decirle la vida. De la convivencia con Félix solo recuerda comida. Ni siquiera platos memorables, sino un montón de porquerías que él se tragaba. Ositos de regaliz. Palomitas de maíz. Arroz con mayonesa. Besamel precocinada. Las comidas en casa de los suegros resultaban interminables. Semanales, litúrgicas. Recuerda los programas de la tele que él miraba mientras ella se aburría y comenzaba a formularse preguntas incómodas. Y solo un poco más tarde recuerda sus infidelidades, que ya por aquel entonces eran adulterio, porque era ya una mujer casada, aunque fueran lo mismo de siempre, porque ella nunca ha sido —qué terrible reconocerlo— una mujer fiel por completo a nadie. Nunca.

Cuando comenzaba a hartarse de su vida de mujer aburrida conoció a Tomás Moliner, Tom para los compañeros de vóley y las compañeras de cama, mujeriego con ínfulas, jefe de negocios asociados de un grupo bancario salpicado de escándalos financieros donde cada seis u ocho meses Reina organizaba jornadas de *team building*, es decir, motivación y trabajo en equipo, que él aprovechaba para mirarle el culo y tirarle los tejos. A Reina suelen gustarle los hombres que le miran el culo (o las tetas), porque siempre han escaseado en su vida. Los otros, los que le elogian las cualidades

intelectuales, los tiene por docenas y, precisamente por eso, no los valora demasiado. En cambio, Tom se la come con los ojos desde el principio. Una vez incluso se atrevió a decirle delante del grupo que estaba buena. Una guapa de verdad se habría ofendido, pero Reina se ruborizó y disfrutó del momento. Aquella noche él se ofreció a llevarla a casa. Quince kilómetros de autopista bajo la lluvia. Terminaron en un polígono industrial, ella sin pantalones ni bragas, y él con el pene erecto entre los dientes de la bragueta. Pero Tomás estaba casado y no se atrevió a terminar lo que había comenzado con tanto entusiasmo. Se echó atrás en el último momento. Como defensa alegó que Reina le gustaba demasiado y que si seguía adelante no sabría encontrar el camino de vuelta. Un cobarde que no lo parecía, en suma. Un fanfarrón. Una mala elección.

Por esa época, cuando más desengañada se sentía, conoció a Samuel. Tenía cara de niño bueno, hablaba sin levantar la voz, era uno más del departamento de atención al cliente de una aseguradora especializada en decesos. La habían contratado para impartir un cursillo de sonrisa telefónica. Al comienzo era el clavo que debe sacar otro clavo, pero enseguida se dio cuenta de que aquel hombre era de otra calidad. Otra categoría. Irse a la cama con él era mucho más que serle infiel a su marido. Era un descubrimiento, una revelación. El anuncio de que debía dejarlo todo y largarse con él. Cuando lo conoció, Reina tenía treinta años recién cumplidos, y en el mundo no hay nada más peligroso que una mujer de treinta años que de pronto descubre que no es feliz pero que podría llegar a serlo si no pierde el último tren.

Durante un tiempo entró y salió a su antojo. Félix nunca preguntaba nada ni quería saber; trabajar por su cuenta tenía para Reina muchas ventajas: podía dormir

días y semanas fuera de casa. Podía dejar que Samuel la acompañara. Se refugiaban en ciudades ajenas y se comportaban como dos adolescentes: iban al cine, a bailar, a cenar, hablaban, se besaban, se mordisqueaban, se escondían en baños públicos para magrearse, hablaban hasta el amanecer y al día siguiente se dormían en el cine con una mano de él bajo la ropa de ella. Una vez tropezaron con unos amigos de Félix por los alrededores de la catedral de Girona. Reina primero se angustió por si se habían dado cuenta de que iban de la mano. Después tomó una decisión. Su matrimonio se había terminado. Quería pasar todas las noches junto a Sam, sin sufrir, sin desdoblarse. Fin. Pronto supo que le gustaba, al hablar de él, llamarle «su segundo marido», le sonaba a mujer mundana y un poco temible. El sexo seguía siendo lo mejor que compartían.

A Tom volvió a encontrarle hace solo unos días. Fue en la tienda de *delicatessen* de unos grandes almacenes. Ninguno de los dos se lo podía creer, qué casualidad, cuánto tiempo, con lo grande que es Barcelona y blablablá. Superados los tópicos quisieron ponerse al día, pero las novedades en sus respectivas vidas eran tantas que solo nombraron las primeras que se les vinieron a la cabeza. Ella le contó que todo iba como una seda: en el trabajo, en casa, con su hijo. Había tenido que buscarse emociones nuevas. Por eso estaba aprendiendo a tocar el piano —un sueño de toda la vida— y se había apuntado a un gimnasio donde tomaba clases de *aqua-fitness*. Ahora se sentía mucho mejor con su cuerpo, incluso era capaz de tocarse la frente con el dedo gordo del pie, añadió, y ante la mirada divertida y un poco incrédula de él se corrigió: de ambos pies, de hecho, cuando quieras, te lo demuestro. Él, por su parte, le contó que ahora que la crisis parecía remitir por fin había dejado

su trabajo por uno mejor, de más prestigio, mejor pagado, más acorde con su formación, en el departamento de gestión de riesgos de un gran grupo financiero, pero que la empresa tenía su propio calendario de contrataciones y le esperaban seis dulces semanas de tiempo muerto antes de incorporarse a su nuevo puesto. Le propuso tomar un café, ella pensó que no había nada de malo en ello, así podrían hablar, como dos viejos amigos felices de reencontrarse. En la cafetería con vistas de pájaro sobre la ciudad prosiguieron la actualización de sus biografías y se mostraron el uno al otro fotos de sus hijos. Él, dos chicas. Ella, Alberto. Edades similares, problemas similares, sobre los que pasaron de puntillas. Después él le propuso acompañarla en coche a casa. Había pasado mucho tiempo y nada era como antes. El recorrido también era otro. Esta vez no había polígono industrial. Pero Tom aprovechaba los semáforos para hurgar bajo su falda y decirle que durante todo ese tiempo se había arrepentido muchas veces de lo que no hizo aquella vez, en el polígono, bajo la lluvia. Tom era para ella —se daba cuenta— una recurrencia, un plato que no has probado y que se te antoja. Solo después de dejar que Tom rozara el borde de sus bragas con la yema de los dedos se permitió detenerle, malévola. Con los años se había vuelto más sabia en el arte de dosificarse. Ya no daba nada sin recibir algo a cambio. Se despidieron con un beso inesperado en los labios, tan natural que a los dos les agarró por sorpresa. Desearon de viva voz volver a verse antes de quince años, si podía ser.

Reina pensó en Tom toda la noche. Físicamente estaba bien, no había perdido mucho pelo, no tenía demasiada tripa, conservaba aquella voz suave que siempre le cautivó y la seguía mirando como si tuvieran treinta años. Por la mañana, cuando aún seguía enredada en su re-

cuerdo, recibió la llamada de la *personal assistant* asiática del señor Mirchandani —voz nasal, inglés con acento indio, que la obligaba a hacer un esfuerzo de comprensión— para decirle que de cara al «inminente proceso de selección del nuevo director del departamento legal» le ofrecían las «condiciones habituales». Es decir: dos billetes en primera clase para ella y un acompañante, reserva de una habitación doble en régimen de *full credit* en un hotel de cinco estrellas y entradas para un espectáculo aún por decidir. Le recordaba que el proceso de selección sería esta vez en Bucarest —«capital de Rumanía», especificó— y que necesitaba saber lo antes posible el nombre del otro pasajero con el fin de comprar los billetes y mandarle por correo electrónico las tarjetas de embarque, la reserva del hotel y los dos seguros de viaje.

Samuel ya nunca iba con ella. Le aburrían los viajes de trabajo. Además, alguien debía quedarse en casa, con el niño. Debía de haberse vuelto loca cuando llamó a Tom y le propuso que se fueran juntos. Cuatro días, tres noches, lujo total, yo trabajo, tú haces turismo, por las noches follamos como locos, ¿te parece bien? La maldad le inundó de cosquillas el estómago. Hacía mucho que no jugaba a ser mala, adúltera, traidora. Con lo que le gustaba, en el fondo, aunque ya no estaba dispuesta a hacerlo con cualquiera, qué pereza, a su edad. Tom era diferente. Con él estaba hecha más de la mitad del trabajo. En el avión, a punto de despegar y con una copa de champán en la mano, brindaron por la hazaña:

—Solo nos ha costado... ¿cuánto? ¿Quince años?
—dijo él.

Reina le corrigió:

—Diría que son dieciocho. Pero a cabezota no me gana nadie, ¿sabes?

Quince o dieciocho, poco importaba. Ahora que

por fin estaban desnudos y en la cama *king-size* de un hotel de cinco estrellas, Reina acababa de descubrir que echaba de menos a Samuel. Que pensaba en él mientras intentaba excitarse un poco, como último recurso antes de fingir el orgasmo que aún estaba lejos, muy lejos de allí. Si se concentraba en las imágenes correctas lo conseguiría, porque Sam es, de largo, el mejor amante que jamás ha tenido. Tan bueno que sirve de unidad de medida, como el metro, el kilo o el mol en sus respectivas disciplinas: a los demás los califica según su distancia del punto ideal, que siempre es Sam. Entonces, si es tan ideal, ¿por qué le busca sustitutos?, podría preguntar cualquiera. Ella también se lo pregunta. ¿Por qué? Quién sabe. ¿Por aburrimiento? ¿Por curiosidad? ¿Porque es un poco infantil? ¿Porque se cansa de ser ella misma? ¿Porque la infamia la hace sentir una persona que ya no es y a quien de vez en cuando echa de menos? Qué complicado resulta responder a la pregunta más difícil, que siempre es Por qué.

Tom suspira. Comienza a estar cansado. Tal vez debería dejarlo. Ocurre que los amantes no pueden rendirse como lo harían los maridos. Los amantes de una sola noche deben resistir, pelear, seguir chupando hasta la extenuación, como hace el pobre Tom, aun a sabiendas de que no lo logrará. Hasta que le salva un teléfono. Un teléfono en silencio que vibra con insistencia sobre la mesita de noche. Es el de ella.

—¿Qué hay, Félix? —contesta Reina. Y aleja un poco la boca del aparato para explicar—: Es mi ex.

Tom aprovecha. Se incorpora, realiza rotaciones cervicales hasta que le crujen las vértebras, se va al baño a hacer pis.

—Sí, en Bucarest. Toda la semana. —Oye decir a Reina.

(...)

—El viernes. ¿Ocurre algo?

(...)

—¿Qué ha pasado? ¿Es el niño?

«El niño» es Alberto. Diecisiete años. Segundo de bachillerato. Loco por el cine y por el deporte. Extrovertido. Buen chaval. Responsable. De esos que gustan a los adultos. Tiene esa edad peligrosa en que todo el mundo cree que es mayor, incluido él mismo. Solo ella sabe que no lo es. No del todo. Aún no.

(...)

—¿Una psiquiatra? ¿Y para qué necesita una...?

—Sin darse cuenta, Reina sube la voz—. ¿Quieres contarme de una vez qué narices está pasando?

(...)

—Dime, coño. No me pongas nerviosa.

(...)

—De acuerdo. Iré enseguida. Ahora mismo compro un billete.

(...)

—¡Pues claro que hace falta! Es mi hijo. Ya te iré contando cómo lo llevo. Ah. Y Alberto hoy duerme conmigo, en mi casa.

(...)

—No pienso discutir, Félix. Tengo cosas que hacer. Te llamo desde el aeropuerto. Dile al niño que llegaré hoy mismo, en unas horas.

Reina cuelga. Cuando Tom se extraña del silencio y sale del baño la encuentra inmóvil, observando las líneas satinadas del edredón con los ojos húmedos.

—Mi hijo ha intentado suicidarse —murmura sin mirarlo siquiera—. No hace ni una hora. Mientras tú y yo...